

Raquel Sosa Elízaga, *Los códigos ocultos del Cardenismo*, México, Plaza y Valdés Editores/Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, 579 pp.

Por Carlos Figueroa Ibarra

Quien revise el libro de Raquel Sosa, no podrá sino concluir que ha tropezado con un sesudo texto que además está construido sobre una laboriosidad impresionante: cada una de las afirmaciones de la autora están sustentadas en una pila impresionante de fuentes hemerográficas y de archivo.

No es para menos, la autora consultó además de una extensa bibliografía referida al tema, los documentos contenidos en el Fondo Lázaro Cárdenas del Archivo General de la Nación, aquellos que se encuentran en el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, los fondos documentales del Departamento de Estado e Inteligencia Militar de los Archivos Nacionales de Washington D.C. y periódicos diversos, de diciembre de 1934 a diciembre de 1940, que se encuentran en la Hemeroteca Nacional.

Pese a ese inmenso aparato de fuentes y a la extensión del libro, éste cuenta con la ventaja de la amenidad, rasgo poco común en los textos que acostumbramos escribir aquellos que pretendemos hacer ciencias sociales.

Además de la sustentación en el dato, llama la atención del lector el advertir, desde la introducción, que la autora ha concebido su trabajo con una organicidad tal, que lo que tiene en la cabeza en el momento de escribirlo es una sinfonía. Los movimientos de su obra, particularmente el *Allegro ma non troppo*, el *Andante con moto* y el *Largo melancólico*, revelan la periodización que ésta elabora con respecto al régimen cardenista.

Un primer momento, en el cual el gobierno de Cárdenas construye el "catálogo de las miserias nacionales" (p. 20), levanta el catastro de los agravios sociales y políticos de la nación, dispersa malentendidos (por ejemplo, deslinándose del callismo), y con ello construye las alianzas necesarias para impulsar su proyecto transformador. El sujeto revolucionario queda así construido con un arco amplio de fuerzas sociales y políticas, así como con una diversidad de tendencias ideológicas. Un segundo momento, que sería el climático dentro del conjunto de la obra, correspondería al periodo en el cual el régimen no sólo impulsa las transformaciones sociales, particularmente la reforma agraria y la expropiación petrolera sino enfrenta a todas las fuerzas internas y externas que

reaccionan con mayor o menor agresividad a los cambios. Finalmente, un tercer momento, en el cual el régimen, congruente con la lógica revolucionaria con la cual nace, se preocupa más por consolidar lo logrado que profundizar aún más la transformación. Es el momento en el que la sucesión presidencial, la continuidad institucional, el tranquilizar a los aliados que encarnan la moderación y aun el conservadurismo, se convierte en la prioridad del régimen. Se trata del momento en que, para decirlo con las palabras de Raquel, "la fe se volvió demagogia; la organización, instrumento; la paz, máscara del miedo."(p.23).

En el *Finale*, el epílogo del libro, la autora hará un balance de los tres momentos, y en uno de los pasajes mejor logrados desde el punto de vista literario, hará una semblanza de Lázaro Cárdenas, el magistral director de la filarmónica que ejecutó una sinfonía, que como ha sucedido con todas las revoluciones del siglo XX, es trágica en el más clásico sentido de la palabra: como aquella trama en la cual héroes y heroínas son derrotadas en sus apetitos libertarios por la fuerza de la necesidad. O para decirlo más claramente: finalmente, las revoluciones sólo transforman aquello que es posible transformar, que es poco para aquellos cuyos sueños trascendían el horizonte, pero que en conclusión, es mucho si se compara con lo que existía en el viejo régimen. Acaso sea éste, uno de los balances más importantes que puede deducir el lector de la obra de Raquel Sosa.

En este libro hay otro hecho que atrapa la atención del lector, y que no deja que aquél caiga de sus manos: me refiero a que en sus páginas aparecen buena parte de los protagonistas de la excepcional coyuntura del cardenismo con todas sus miserias y virtudes.

Cárdenas mismo aparece como un gobernante lo suficientemente sanguíneo [sic] como para defender una convicción plasmada en un programa. Pero lo suficientemente astuto y taimado como para observar con la ayuda de cientos de informantes, cada uno de los movimientos de sus aliados y enemigos. Friamente el gobernante recibe desde cada uno de los rincones del país y desde los países vecinos, noticias de lealtades y deslealtades. Cárdenas, el viejo zorro de la política, que expresa en público y en privado su confianza en Saturnino Cedillo, mientras inexorable, lenta y silenciosamente le coloca un cerco de generales que hace de la rebelión del potosino un incidente hasta cierto punto regional.

En *Los códigos ocultos del Cardenismo* aparecen otros protagonistas del momento: los prepotentes Cedillo y Calles; el oculto disidente y finalmente poco decidido Almazán; el gris y desconocido Ávila Camacho; el leal y consecuente Francisco Múgica; la brillantez de Lombardo Toledano, aliada a la frialdad de Fidel Velázquez, para destrozarse a la corriente sindical de los comunistas en la

CTM; el dramatismo en el destino político de Laborde y Campa; el recalcitrante anticomunismo de Prieto Laurens.

Más importante aún resulta el análisis de las distintas fuerzas que el proyecto cardenista agitó a su favor o en contra. El que la continuidad institucional se haya preservado, no quiere decir que el cambio social haya sido celebrado sin violencia. Raquel Sosa menciona en su libro las susceptibilidades que ha despertado tal constatación. La verdad no se entienden las razones de las mismas: el gobierno cardenista solamente defiende con la violencia un proyecto revolucionario que es atacado con violencia. El libro nos da cuenta de una buena cantidad de brotes conspirativos: 1,109 conspiraciones, combates y ataques durante los seis años del gobierno cardenista. Por ello, la acción militar contundente y los fusilamientos no serán hechos ajenos al régimen cardenista. A mediados de 1937 la mayor parte de la actividad armada habrá sido derrotada y el gobierno podrá decretar una ley de amnistía que sobreesía más de 10 mil juicios por sedición (pp. 134 y 135). El control, el mantenimiento del orden, se convierte por ello en esencial para efectuar una transformación lo menos cruenta posible, una transformación en la cual la violencia se asuma como inevitable, pero solamente en las dosis mínimas y necesarias.

Esta obra retrata la coyuntura revolucionaria que propicia el cardenismo como algo con lo cual se engarza una extremadamente compleja coyuntura internacional: la que se desprende de los alineamientos y recomposiciones de fuerzas que preceden a la Segunda Guerra Mundial. La actuación de todas las fuerzas que en México y en el exterior defienden o atacan al cardenismo se articulan en dicha coyuntura. Entre las que sustentan al cardenismo la autora destaca particularmente a dos: los militares y los maestros. Con relación al análisis de los militares, Raquel Sosa abre una brecha controversial. Con las fuerzas armadas el cardenismo garantizará el orden necesario para la transformación. He aquí que empiezan a develarse para el lector *los códigos ocultos del cardenismo*: se trata de culminar una gran empresa revolucionaria, de liquidar al viejo régimen, sin que ello implique la continuidad de la guerra civil que ya ha desangrado de manera profusa al país en los años anteriores.

Si los militares son fundamentales para hacer las transformaciones sin que las fuerzas que reaccionan a la misma, logren romper la continuidad institucional y la estabilidad del Estado, los maestros se constituyen en una suerte de intelectuales orgánicos de la revolución, más precisamente en una suerte de lo que Gramsci llamó los intelectuales *difusores* de la cultura, en este caso, de una nueva cultura revolucionaria. En el balance que hace la autora, los primeros saldrán mejor librados que los segundos en lo que se refiere a su papel en el proceso revolucionario.

Al final de la lectura, después de escuchar la enorme sinfonía que Raquel ha

escrito, o si se quiere, después de observar el enorme mural que ha pintado, uno puede preguntarse acerca del sentido que tuvo la transformación revolucionaria cardenista. ¿Fue ésta una extraordinaria coyuntura en la que se sentaron las bases de una larga transición al socialismo? ¿O simplemente fue una vía democrática revolucionaria de desarrollo capitalista? ¿O acaso fue un periodo en el que la autoridad presidencial se orientó a fijar marcos para la acumulación capitalista y la sumisión a la fuerza de trabajo? En su trabajo, la autora discute todas estas interpretaciones y se pronuncia por una nueva interpretación en la que está presente una dialéctica entre Estado y masas.

A su juicio, los actores sociales con los que contaba Cárdenas para realizar la transformación vivieron cauces distintos a los que marcó su razón de Estado. El desarrollo de las organizaciones de masas y aun de los pequeños grupos, fue lo que abrió las puertas a una gran transformación social, pero fueron las mismas limitaciones de dichas organizaciones y no la razón de Estado la que fijó los límites de la transformación misma (p. 514).

En un momento en el cual buena parte de aquello cuyas bases sentó la Revolución Mexicana, y particularmente el régimen cardenista, es visto por algunos por encima del hombro, en un momento en el que el mismo término de populismo se ha convertido en un adjetivo despectivo y representación de un estilo de gobierno y una política económica atrasada, vale la pena leer el libro de Raquel Sosa. *Los códigos ocultos del Cardenismo* es una contribución a la recuperación de lo mejor de la historia de México, recuperación indispensable para la construcción de un nuevo proyecto nacional y social, de un nuevo imaginario para la transformación.